

A la voluntad de Dios

Américas, 1964-07.

A la salina de la Boca de Nigua se le está madurando en el vientre de su cielo y en las entrañas calientes de su sal y de su fango el prodigio de un día nuevo; que no es sólo que el mar (por los lados de Los Testigos) le esté prendiendo al cielo aquella candela; porque esa luz sin unos ojos sería pura noche todavía; y es ciertamente, de Dios, ¡y de la Virgen!, que no le pueda alumbrar un día a la salina sin que lo esté viendo llegar Martín, el vigía, que está, con sus pies hundidos en la salmuera, arañando la costra de sal, y sin que lo descubran desde el principio los salineros que vienen llegando por los lados del muro y por la playa misma con sus poncheras sobre la cabeza y con sus sacos de cocuiza debajo del brazo, y sin que lo sienta venir desde los más escondidos rincones de la sangre (que es donde resiste a veces la esperanza) Ernesto Mata Malavé, sentado como está resignadamente delante de la solitaria "quinta" ("esos –dice su mujer– son sus juguetes") que paró en la mitad de la restinga, mirando para la sal, esperándolo...

– ¡Teodora!

Teodora se está sacudiendo la arena de su ropa; luego va recogiendo los sacos y las ramas de tabaco pescador que les sirvieron de cama sobre el piso de arena, y se pone a buscar algo dentro de un cajón.

Por el reventón mismo de sol, que ha incendiado el mar y la salina, ya Ernesto sabe que el día va a ser un infierno; cuando amanece así, tan colorado que hasta al hielo de sal le resbalan esos tintes de sangre, es que va a hacer calor, un día bravo. En la salina ya se empiezan a distinguir los bultos que llegan, y Ernesto ve que entre unos montones que están por los lados del Burro se mueven los Guerra y los Gamboa, y que ya está llegando Justina, y que la que viene caminando de los lados de Agua de Vaca es Eulogia Farías con su hijo, y que ya Martín, el vigía, está subiendo hacia la enramada que se dibuja contra el cielo sobre el cerro del Burro, que también mira para la otra banda, hacia Pampatar... Y para cuando los arrugados ojos de Ernesto regresan a la quieta mar de la salina, que amanece sembrada de unos pelos cortos que son los que indican los brotes por donde el mar, que se cuele por entre la arena para cruzar la restinga de contrabando ("¡no es margariteña, pues?!") y brota a veces a borbollones, como el petróleo, y salpicada también de los tambores donde los salineros descansan sus poncheras para que no se encharquen, y de tabureques que son unos cuatro-pies que aguantan los sacos de pie mientras los cargan, ya en la salina los bultos de hombre y de mujer y de niño están escarbando la sal, y a medida que la neblina se va haciendo un humo blanco y luminoso que camina por sobre la restinga y se mete por la salina prendida al resplandor de plata de la espuma de sal, comienzan a flotar entre brumas los salineros, y ya Martín es un palo más en la enramada de vigía que ha levantado sobre el cerro para asolear, y ya Teodora ("un día caliente, Ernesto") está soplando la candelita entre dos piedras, y luego pone una panera de zinc con el agua que vacía de un tambor de motor viejo, y luego saca

un paquete de café, y ya, mientras el sol va ascendiendo, ¡zas, zas!... como un cohete entre un arbol que ciega el ojo, ya el sol se está metiendo a través de los palos y las ramas secas de la "quinta", que es una enramadita de dos metros por dos, hecha de cuatro horcones, un techo de ramas y algún pedazo de zinc viejo, y unas paredes de ramas de tabaco pescador que crece sobre la restinga y que dejan pasar la brisa ("¡por qué no ha de pasar, pues!") y hasta dejan ver lo que hay dentro (¡y por qué tenemos de taparnos de nadie!") y con un papel de saco de azúcar sobre la espalda para protegerla de la garúa que viene del mar, y que Ernesto lo levantó con lo que le dio un palo envenenado, un poste de luz, que varó en la playa, y le echó hacha...

– ¡Teodora!

Y Teodora responde:

– ¡Ah!

Eso es todo lo que dicen; pero a esta enramada solitaria pegada a un carrizal de tabaco guarey, que es un remedio contra el reumatismo y la puntada, a medio camino de la fila de arena de cuatro kilómetros, se le está prendiendo ahora, con sólo haber subido el sol media cuarta en el cielo, un lucero de purito oro vivo sobre sus latas de la cabeza, y ya Teodora está colando su café, y la mar sigue hablándose ("la mar habla ¡u-u-uuu!") y la brisa, que lo que es es un viento que habla parejo, silba "bis-bis!" en una lata, y ya Teodora ("en todo se mete esta mujer") observa que Ernesto está entretenido viéndole los pocitos sucios de salmuera y las inmundas pelonas de fango a la salina, que es como un pellejo blancuzco y viejo, con ronchas, que hasta para cualquiera que no tenga los ojos afilados de Ernesto está a la vista que está agotada, y que toda esa luz de espumita blanca con que amaneció era pura bonitería, y entonces se levanta y entra a la "quinta", y Teodora, que está sentada frente al fuego, ve que está jurungando algo, y le dice:

– ¿Qué busca?

Y Ernesto voltea:

– ¿Ande pusiste la arepa de ayer?

Teodora lo está viendo así, traspasado de luz, entre las ramas.

– No sé dónde la puse... ¿Eso no se acabó, pues?...

Y entonces Ernesto sale y se sienta sobre el palo de ceiba, junto a Teodora, y toma el taparito de café endulzado con papelón que le pasa, sin decir nada (porque no tienen nada que decirse), y luego es Teodora la que hunde el taparito en la panera, y bebe, a sorbetones sin dientes, su café, que es un guarapo, y dice, porque Teodora está en todo:

– Comience temprano, que la salmuera se va a calentar...

Ernesto se toca las puyaduras coloreadas con mercurio-cromo de sus pies grandes y venosos, y luego se para (largo, flaco, con barba de tres días, el guarda-camisa con boquetes de pellejo moreno y salitroso, el sombrero de palma metido hasta casi los ojos, unos ojos de pájaro, y "muchas lunas encima") y dice, sin mirar a nadie:

– Pa'lo que hay que recoger, con una hora tengo...

Luego recoge de sobre una lata del techo unas medias verdes, tiesas de la sal, y se sienta a ponérselas ("con las cholas no puedo, porque me las quita el fango") y luego se mete trabajosamente los chorizos de sus dedos en unos guantes (amarillos y enlodados) de goma, y voltea hacia Teodora, que está apagando la candela antes de que se coma más el palo, y le dice:

– Ahí viene un camión... (el camión resbala por sobre un encerado blancuzco a la orilla de la salina)... debe ser el de Crucho... (Teodora aguza la vista lo más fino que le da el ojo, porque el otro lo tiene nublado desde que nació)... Cada vez ves menos, Teodora... Se está quedando por los montones de Cruz González...

– ¿Y el nuestro, Ernesto?

Pero Ernesto ya va bajando el repecho de grama, y dice:

– En cualquier rato llega...

"Si (y ya Teodora se ha quedado hablando sola, peinándose sus cabellos blancos, sujetando dos ganchos entre sus labios agrietados por la sal) y a nosotros aquí, con la salecita varada, y cualquier día nos llueve... ¡Ay, Dios mío, que no llueva! Y se nos aniega la salina y se desgasta la sal y nos lleva los montones por donde llegaron... ¡Virgen del Valle! (Y Teodora se amarra el cabello en un soronzo, y luego cubre el cajoncito de cartón, que es su escaparate, con un saco de los de dormir, y sale de la enramada, que es su "quinta", y ve a Ernesto doblado sobre el fango, escarbando despaciosamente la sal con los dedos y echándola sobre una mara, y rociándola de salmuera con una totumita para lavarle un fango gris oscuro, casi negro, que tiene). ¡Pobrecito, y cómo tiene los pies, malogrados con las mataduras! ¡Si yo pudiese!... Pero si él, que ya tiene los pies ordinarios y duros, no aguanta la picazón, menos puedo yo, que tengo los pies más delgados que él y se me mete la sal por el pellejo como un fuego!... (Teodora está ya del otro lado de la restinga, en la playa, y hace que lo está recorriendo con la vista, poquito a poco, desde el Morro de La Ballena hasta Punta Gorda, para ver si ha varado un palo o si hay una huella de tortuga, porque ellas varan de noche, y si marcan la pepita en la arena es que sí pusieron, pero si no marcan más que las patas es que vinieron y no pusieron, y entonces regresan a los quince días completos y los ponen... Pero Teodora no ve rastro, y es acaso porque ve poco; pero ella, que quiere ayudar, tampoco tiene fuerzas para recorrer toda esa boca... El que consiguió una nidada de ciento veinte huevos antier fue Martín, el vigía, que es más joven que Ernesto, que también Ernesto tiene el ojo bueno para ver lejos, y distingue cuándo vara el pescado, porque cuando hay turbio siempre se queda alguna cholita o algún cachame en la playa, ¡y asadas sobre brasa son sabrosas! (Y entonces Teodora se le hace la boca agua, porque no ha tomado sino medio taparito de guarapo en la mañana, y la tarachana escalada que guarda en el cajón es para más tarde, para que les aguante el día, y ya va bajando, encendida al sol, como una tea, el repecho de la restinga que da para la salina, y ve a Ernesto con aquella carga de sol a la espalda, arañando la costra de sal cerca del brote grande, y entonces se agacha ella misma y comienza a escarbar, en la arena, y consigue unas raíces de grama delgadas, como pajas, y les va quitando mecánicamente los nudos mientras habla, porque ella conversa sola)... y esto se cocina, y sirve de fresco para los niños, que es muy bueno, y hay veces que hasta lo recetan los médicos para enfermedades del hígado... Y es un milagro que sirva para algo, porque sólo con la salecita no se puede; que uno está aquí a la voluntad de Dios; y lo que a uno le dan en la botica por dos brazadas grandes es tres bolívares, para ellos venderlo a cuartillo el bojotico, y las boticas se lo piden a uno de año en año, que si no, no habría grama bastante en la restinga para matar el hambre a Pampatar y a Agua de Vaca y a todos estos campos de por aquí... No es que yo crea que Alguien nos tiene mala voluntad, ¡líbreme la Madrecita!, sino que es la verdad que si llueve, como quiere

Ernesto, se nos van las pilas, pero que si no llueve que es lo que quiero yo, tampoco nos cuaja la sal, porque las bombas, que es por donde resuella el mar que nos trae la salecita, se están secando ahí mismo, en los resolladeros, y necesitan el agua para que se aniegue toda la salina y reparta la sal por todo, y después, cuando vuelve a cuajar, ya lo deja todo repartido, un reposo de la sal que deja una torta gruesa que se recoge fácilmente y uno puede llenar entonces hasta diez sacos en un día, cuando ahora Ernesto no puede, arañando y arañando todo el día, llenar ni uno solo... Y ¿cómo hace uno si no puede, reza que reza a Dios y a todos los santos, hacer llover, ni tampoco puede conseguir que lleguen los camiones y les lleven la sal?... ¡Eso es, que uno está a la voluntad de Dios!... (Ya Teodora ha reunido su brazada de grama y la lleva hasta la enramada, y ve que Ernesto ("¡Madre mía!") sigue pegado a la sal, y que hay algunos que están regresando a sus casitas con sus poncheras sobre la cabeza ("debe ser que ya la salmuera está caliente") y deja la grama en un rincón, y sale, y le pega aquel grito a Ernesto).

– ¡¡Uuu, uuuuu!!...

Todos los salineros, como veinte regados por ese blancor sucio, voltean para ver, menos Ernesto. ¡Y Teodora sabe que tampoco puede mandar mucho sobre este hombre, y regresa a su grama, y sigue persiguiendo el zig-zag tierno de la raíz dentro de la arena). "Y con lo buena que es esta sal para salar el pescado, que uno lo mira después y no le ha salido pico, ni blanco ni negro, y para comer, cuando molida, que es blanquita, como la espuma del mar (y la mano arrugada de Teodora sigue escarbando aquel rastro de las raíces bajo la arena) y yo lo vendo de puerta en puerta en los pueblos a medio real el paquetico de un kilo, para poder pagar el fiado en la bodega, porque si uno se demora más de un mes le dicen: "¡no hay más!" y le dejan morir, y Fermina, la mujer de Mocholón, no me ha dicho nada todavía, pero me ve así, como de lejos, y ya el Guaro García y Anterito, la bodeguita de la playa, no me fían el funche desde hace días"... (Y Teodora está en esto, en lo que le rinde la cabeza, cuando siente que alguien le tapa el sol, y ella sabe quién es desde que le vio los pies grandes con las mataduras, y después para arriba, los brazos largos, hasta las rodillas, y luego los huecos del guarda-camisa, por donde le está mirando el ombligo de Ernesto, que es una cicatriz redonda y arrugada).

– ¿Recogiste mucha grama?...

Teodora no le dice nada, sino que le pasa la brazada, y Ernesto se la lleva, y Teodora continúa covando la arena... "Si ahora Ernesto se pone a moler y me muele un saco, ya mañana me voy a Juan Griego y a La Guardia, y para la noche vendo eso y me alcanza para el papelón y la harina y las vituallas, que desde hacen días me falta el plátano y el ocumo y la auyama... ¡si ni siquiera tengo el poco de pimienta que le hace falta a una!... Y las compraré en Juan Griego mismo, porque en Pampatar no me fían nada hasta que me ponga ras con ras"... (Y Teodora termina de recoger otra brazada y regresa a la enramada, y ahí mismo está Ernesto, aforzado, moliendo sal, y Teodora deja su grama junto a la otra, y mira hacia la salina, que está sola, llena de los charcos de salmuera y de lodo, y dice, mirando por donde llegan los camiones):

– ¿Vendrá el camión hoy?...

Ernesto está, "táquiti-taqui", moliendo la sal, y no dice nada, sino que mira por donde tiene los ojos su mujer, y descubre lo mismo, que no viene. Y luego, mientras está

moliendo, Ernesto, barre con la mirada el cielo, y lo ve limpio, sin siquiera un celaje, y piensa que lo que les conviene no es que llegue el camión sino que llueva, para que haya más sal para todos, ¡aunque se pierdan los montones!... Y entonces levanta la vista de la sal que va entrando a la máquina por la boca del embudo:

– ¡Teodora!...

Teodora está buscando en el cajón de la comida.

– ¿No me oye?...

– Sí, te oí...

La brisa está bis-biseando a través de los palos y las ramas.

– ¿Qué deseas tú?... ¿que venga el camión y se lleve los sacos de sal o que llueva y se aniegue?

Ernesto para, espectacularmente, la máquina, y se queda esperando; pero Teodora no se precipita, sino que le vuelve a calcular sus dos lados: lo que le darían los veinte bolívares que les toca por la sal y lo mucho que se podría recoger después de que se aniegue la salina...

– ¿Qué deseas tú, mujer?...

Teodora no está desocupada, sino que le está trabajando la cabeza, y hasta más ligero que la máquina de Ernesto, porque piensa que, también, ¡para qué más sal, si la que tienen no se vende! Y ya cuando Ernesto arranca con la manilla, perdida la esperanza de una decisión de Teodora, ella salta:

– ¡Yo deseo que se venga el camión!...

– ¿Y por qué?

– Así, esos reales están seguros, y después, Dios nos ayudará, que algún día tiene que llover...

Ernesto ha regresado al "tíquiti-taqui" de la máquina, y allá tiene a Teodora al lado, ayudándolo, empujando silenciosamente la sal gruesa dentro del embudo, y no se oye más que al mar y a la brisa ("esa es la radio de uno") y unas cotúas que pasan "¡cuá-cuá!" por encima de la enramada solitaria y encendida sobre la restinga de la Boca de Nigua, que está cargando sol burreado, porque ya son como las once, y es otra vez Teodora la que arranca con aquello:

– Yo me quedo con el camión...

– ¡Ajá!

– Ahora, dime tú...

– ¡Yo lo que quiero es que llueva mucho, y que se aniegue la salina hasta el rastro del yerbazal!...

Y Ernesto para otra vez la máquina, y se le queda mirando, como un desafío.

– ¿Con eso comemos?...

– No, ahora no (y Ernesto arranca de nuevo con la máquina) ¡pero así nos desafamos de esta sal que no quiere nadie!...

– Sí...

– Y luego, cuando la gente se haya comido la que le queda, y necesite otra, porque ¡nadie puede comer sin sal (y Ernesto pide con un gesto del brazo la aprobación de esta verdad).

– Sí (aprueba Teodora).

– ... Pues aquí está, en la salina, y nos dará más comida...

(Lo que no dice Ernesto es que ya tiene ganas de escaparse de esta tristeza de tener los pies quemándose en la salmuera).

Teodora se queda viendo para la sal gruesa que está empujando por el embudo con sus viejos dedos agrietados.

(No dice que lo que ella quiere es salir del fiado que deben).

Hasta en la restinga solitaria hay secretos entre dos que se quieren.

– ¿Y no es mejor (dice Teodora) que llegue el camión y más tarde llueva?...

– ¡Ji, ji!...

Ernesto ríe así, de un hueco entre dos dientes:

– Tú lo quieres todo, Teodora!...

Teodora se va a prender la candela y a asar el pedazo de la tarachana escalada que les queda, y Ernesto se queda dándole, "táquiti-taqui", al manubrio de la máquina de moler sal, y pensando ("¡alguien tiene que tener la culpa!") que si a estas alturas del verano no han podido vender aquel poco de sal que les queda, eso no es culpa de nadie, sino del gobierno, que los está celando para cobrar el impuesto... ¡si... Virgen del Valle... hasta a los burros querían ponerle guía!... Y cuando Ernesto termina de moler la sal que tenía en el embudo de la máquina, se sientan los dos viejos sobre el palo de ceiba y se reparten el resto del pescado, porque el pobre come cuando consigue, si a las diez, las diez, si a las cuatro, las cuatro... Conforme con lo que Dios disponga...

– Funche no hay...

Teodora mira al hombre, y le dice:

– ¿Y no sabe que funche no hay?...

Ernesto, callado.

– ... ¿Y que no hay quien nos fie la harina?...

Ernesto callado, metiendo tarachana asada en la boca con los chorizos grandes de los dedos, y cuando terminan de comer se meten silenciosamente dentro de la enramada y se recuestan los dos viejos sobre unos sacos, para descansar, y así, arrullados por el silbido parejo de la brisa por entre las paredes de la "quinta" pasa un rato lar ... go y hue ... co y sono ... ro, y Ernesto sigue pensando que ya es hora de que llueva y de que se aniegue la salina, y que entonces habrá que esperar cuatro o cinco meses ("cuidado con más!") para que se seque, pero sale de esta angustia de estar con los pies reventados, con las manos enllagadas, pasando hambre, pegado a estos veinte bolívares de sal... Durante ese tiempo del cuajo, que es como esperar a que madure una cosecha, él puede sacar guacuco y chipichipe en la orilla, como otros años, y salir con su botecito a pescar pargo y carite y corocoro y guatacara con cordel ("y ahí sale Teodora, despacio, sin hacer ruido, creyendo que estoy dormido") y también puede ir a los trenes con Maximino, o vigilar la playa para ver cuándo atraca el pescado, y también, y en esto le puede ayudar Teodora, puede buscar leña por esos cerros para sacar los dos o tres bolívares diarios que hacen falta a uno para sostener la vida, esperando que cuaje otra vez la sal... ("¡Ya la salina quiere blanquear!"... "¡Ya está cuajando!"... "¿Y cuándo vaís?"... "¡Vamos mañana, pa probar!")...

Y cuando Ernesto se para (alto, flaco, su cabello blanco, largo y revuelto) ya son más de las dos, porque el sol está bajando en la dirección del cerro Los Cuicas, que es el que

da hacia el norte de Pampatar, y se pone el sombrero, y ve que Teodora ya está siguiendo los rastros de la grama en la restinga, y él mira a las nubes, que hay algunas por los lados de Trinidad, y husmea el viento, y se dice ("¡Tronco de esperanza, compay!") que si cambia el viento puede llover todavía...

Teodora ha reunido ya otra brazada de grama y baja a la enramada, y sin muchas palabras están ya los dos camino de la botica de Pampatar, a probar suerte, cada uno con su bulto; ella, Teodora, sobre la cabeza, y él, Ernesto, abrazándole en la dirección de la pierna, y ese camino es como tres kilómetros, y aunque no hablan, calculan que con esos tres bolívares Teodora podrá pagar mañana la camioneta para Juan Griego, y con el resto pueden llegar hasta una bodega que queda hacia Porlamar y conseguir su poquito de harina para el funche de esta noche... Pero ("¡Virgen del Valle, y no me coge ni una brazada?") en la botica no necesitan más grama, ¡más bien les sobre aún de una que les trajo Martín, el vigía!... Y ahí regresan los dos viejos, paso a paso, los tres kilómetros, por la calle principal de Pampatar, que es la que lleva hacia la Caranta, y luego por el muro y por la planicie, que por ahí se llega a la sal, y luego, cuando, rodeando toda la salina por el cascajo que pisan los camiones (porque los pies de Teodora son delgados y no aguantan más sal) llegan a la "quinta", ya el sol está cayendo por los cerros, y entonces se sientan los dos viejos sobre el palo, y en todo el viaje ni ahora se han dicho nada, y Teodora, que tiene mejor temple para los apuros, guarda la grama en un cajón, porque mañana se puede vender eso en Porlamar o en Juan Griego ("Eso se seca, Teodora, bóvalo") y cuando llega el anochecer, que es como el amanecer, pero al revés, Ernesto saca un frasquito de dentro de la enramada y se pone a untar sus mataduras de los pies con mercurio ("para que forme cuero duro, como caparacho"), y, con aquella ofrenda de sus pies grandes y venosos al cielo, mira otra vez arriba, y no ve nada, y en la salina está resbalando una luz blanca que se va apagando, apagando, comiéndose poco a poco los palos de las bombas, los tambores, los tabureques...

- Ernesto, ¿escuchaste en la radio?... (Teodora recordó de pronto).

- ¿Qué radio?

- En la botica.

No, Ernesto no había oído más que lo que dijo el doctor: que no...

- Pues allá dijo que iba a llover...

- ... Pero eso será en Caracas... ¿Qué saben ellos de La Boca?...

- Será...

Y sigue oscureciendo más y más, primero el cerro de Punta Gorda, que es el que está a contraluz y luego también el cerro de Los Cuicas, y el del Burro, y la Cabeza de la Ballena, que es la última en apagarse, con una quinta sola que hay en la puna, cerca de la Cueva del Bufón, y luego se va apagando también (como un filamento largo tendido entre el mar y la salina, como un cordel) la fila de la restinga, y el mar, aunque el mar guarda más la luz, porque por ese lado no hay cerros y lo que hay son unas islas Los Testigos que no se ven...

Así se va apagando el mundo de Ernesto y Teodora, que ya está agotada con las carreras y con el no comer ("Estamos malucos, Ernesto; todos los pobres estamos descontrolados")... Pero ahí sale la luna, tan llena y blanca de luz que es una fantasía, y la salina es un piso de plata, y Ernesto siente por encima de la voz del mar y la brisa que

Teodora se está acomodando en la cama de las ramas de tabaco pescador y los sacos, y se preocupa ("¿Tiene la cobija?") porque el frío llega a media noche, que es cuando pega duro, y Teodora lo siente, y piensa que ya se estará durmiendo, la pobre, porque ni contesta... ("¿No te vienes a acostar, Ernesto?") Y no, no se ha dormido, pero seguro que no demora en llegarle el sueño, que ella con sólo recostarse tiene, y entonces se levanta Ernesto, y camina hacia la playa, antes de que Martín llegue para la salina ("¡ese hombre les madruga a todos!") por si ha varado un palo o ha atracado un pez, y mientras camina sigue mirando al cielo, y le parece (no sabe si es verdad o es mentira de fantasía) que por el noroeste hay unas atmósferas que pintan agua, y sin embargo la brisa no ha cambiado de rumbo, y él sabe que hasta que sople sureste no hay virazón, que es un golpe de agua a plomo que dura más de tres horas, que es lo que necesitan, porque si no, si lo que se pone es boratería, eso es un chubasco que se desbarata en un momento y no aniega la salina... Pero en la playa no hay nada, y regresa para la enramada, y la salina se ve como un piso blanco, como una sola torta de sal ("¡ahí es donde está el engaño!") y Ernesto se sienta sobre el palo otra vez y mira al cielo ("Vente a acostar viejo") y espera y espera ("Ernesto ven a acostarte"... "Pero vieja, duérmase")... y espera y espera, y no ocurre nada, y ya Ernesto siente que Teodora está al otro lado del sueño, y entonces le pesan, sólo con imaginarse a Teodora dormida, le pesan los pies como dos barcos y le pesa la espalda, mu ... cho, como si hubiese cargado aquel sol él solito durante todo el día, y es que está muy ... cansado, y todavía gira la cabeza por todo ese cielo, y lo que ve son estrellas y ninguna esperanza, y entra dentro de la enramada, y se acuesta cerca de Teodora...

Y se duerme.

Lo que le despierta es un redoble parejo, gordo, de agua, y la voz de Teodora, que dice: "¡llueve, Ernesto, está lloviendo!"... Y ya le están cayendo unas gotas sobre los pies, y él y Teodora se repliegan un poco contra la espalda de la "quinta", que es la que tiene la parte más protegida del techo, y allá están los dos ("¡Mi Madre, está lloviendo!") sentados, con las piernas juntas, viendo y sintiendo llover como hacía muchos, muchos meses, que no llovía, y entonces es otra vez Teodora, la más generosa de los dos, la que dice: "¡Dios y la Virgen, Ernesto... te escuchó primero!" Y como Ernesto no le contesta, ella insiste y le tiente una mano en la oscuridad: "Que sea la voluntad de Dios"... Y todavía nada, y sigue lloviendo duro, y ya, con el redoble de las gotas sobre el laterío del techo, ni se oye al mar ni a la brisa, y fuera, en la salina, ya cae agua sobre agua, ya chapotea sobre el charco, y Ernesto piensa, con una dulcedumbre inefable que siente en el corazón, que ya el agua habrá comenzado a esponjar la sal en los resolladeros, y Teodora, que ha conseguido que Ernesto le coja por fin la mano en la suya, que es como una pala grande, dice: "Ganaste, Ernesto, llegó primero el agua"... Pero Ernesto callado, y a Teodora le parece, por el resuello, que está dormido otra vez, y ella dice para adentro, para no despertarlo, que es bueno que descanse, y que ojalá que ya que ha empezado la lluvia, dure bastante ("Será de Dios!") y así se olvidan de la salecita y se van a buscar otra cosa hasta que cuaje la sal ("Es que esta es una gran cosa para la pobrecía") y entonces...

Pero Teodora también (con la cabeza recostada sobre el hombro de Ernesto) está dormida... Y sin embargo, a pesar de que no hay nadie que mire caer el agua, sigue lloviendo sobre el mar, sobre los cerros, sobre la restinga, sobre la salina ("¡glu-glu!") por

todo, fuera de la "quinta" y hasta dentro, ("plis-plas") en torno a las piernas recogidas de los dos viejos, para que la esperanza siga latiendo, terca, como la sangre, en el corazón del hombre.